

HOMENAJE A FRANCESC PERENYA

UNA AMISTAD MÁS ALLÁ DE LA FILOSOFÍA

Pau PEDRAGOSA

Grup d'Estudis Fenomenològics

pau.pedragosa@gmail.com

Quisiera compartir con vosotros una semblanza del Dr. Francesc Perenya, amigo y maestro. Rememorando hoy su figura al final de su vida, me gustaría evocar el comienzo, el nacimiento de nuestra amistad.

Le conocí a mediados de los noventa, cuando asistí a su seminario dedicado a la lectura de *Ser y tiempo*. Recuerdo muy bien sus clases, el aula-seminario de la Facultad de Filosofía en el viejo edificio de estilo brutalista de la Diagonal de Barcelona, la atmósfera cálida impregnada del olor a tabaco de pipa, su ejemplar de *Sein und Zeit* bastante destartado y gastado por el uso, con la portada y algunas páginas unidas al libro por unos pocos hilos de la encuadernación. Su lectura del texto alemán era pausada –leía traduciendo–, palabra por palabra, línea tras línea, mientras comentaba la traducción de algunos términos, la raíz de los numerosos neologismos, la estructura de las frases y párrafos (o párrafos, el dilema sobre la diferencia entre párrafo y parágrafo estuvo abierto durante todo el curso). Me llamó la atención cómo se aplicaba con escrupuloso detalle a las distinciones conceptuales, su alta valoración de la precisión y el rigor conceptual. Llegaba al espíritu del texto sólo a través de un extremo cuidado con la letra. Se acomodaba en la silla, inspiraba su pipa –y se inspiraba con ella–, y comentaba el pasaje recién leído. Alentaba nuestra participación para que interrumpiéramos el texto con el diálogo vivo –este método de lectura y exégesis llegaría a su culminación unos años después cuando, en el *Grup d'Estudis Fenomenològics*, dedicamos cuatro años a la lectura atenta de las *Investigaciones lógicas* de Husserl, su filósofo de referencia.

La lectura lenta, la meditación pausada, el no precipitarse, titubear, detenerse, reemprender; así era también su movimiento corporal. Sus gestos no respondían tanto a las tareas prácticas como a algún extraño resorte que, por ejemplo, le hacía detenerse y casi darte la espalda en medio de una conversación y dar algunos pasos en otra dirección, como si hubiera *suspendido* el entorno práctico

inmediato y siguiera una idea, algún pensamiento que el diálogo le había suscitado pero que sólo él era capaz de ver. Cuando, según el antiguo relato, imagino al viejo sabio Tales de Mileto caer en un pozo provocando la risa de la muchacha tracia, no puedo evitar ver a Francesc.

Después del examen final del seminario de Heidegger me llamó a su despacho y fue entonces cuando realmente nos conocimos. Tengo aún un recuerdo vívido de ese encuentro. Me dijo que el examen estaba muy bien pero que había una traducción de un término que no le gustaba y requería de una explicación: “Si justificas bien el por qué de esta traducción, te pondré una Matrícula de Honor”, dijo. Se refería al término *Entwurf*, que traduje por “croquis”. Le expliqué que acababa de estudiar arquitectura, que el proyecto arquitectónico define esta profesión en la que los proyectos se llevan a cabo mediante dibujos tentativos, esbozos, esquemas, en definitiva, *croquis* (que era el nombre de la revista de arquitectura más prestigiosa). Entonces empezó a meditar sobre qué es un dibujo y qué lo distingue de un esquema, y me preguntó por el sentido de anticipación del dibujo arquitectónico. Mi justificación de la traducción le satisfizo (me puso la MH), pero no la traducción misma; recuerdo que me dijo que nunca volviera a traducir el *Entwurf* heideggeriano por “croquis” (confieso que elegí esta traducción para llamar la atención del maestro, algo de lo que ahora, visto retrospectivamente, me alegro enormemente).

Durante este primer encuentro mostró una curiosidad genuina por la arquitectura y por saber por qué estudiaba filosofía si como arquitecto me ganaría mejor la vida, e insistió en que no la abandonara, que aunque no me dedicara profesionalmente, hiciera de la arquitectura el objeto de mis futuras investigaciones filosóficas; insistió mucho –y lo siguió haciendo siempre– pues argumentaba que conociendo desde dentro este *mundo de la vida particular* lo debía aprovechar para analizarlo fenomenológicamente con mayor rigor. Con este consejo mostró su preocupación por mi formación, por cómo orientar mi proyecto profesional de vida. La conversación acabó pidiéndome detalles sobre mi vida personal, si tenía novia...

Francesc tenía el don de acceder a lo más personal sin ser una intromisión, todo lo contrario, pues desde el principio era claro que ganarse la confianza era una condición para poder educar, *formar* en el sentido clásico alemán de *Bildung*, que tanto le gustaba. Como comprobé a lo largo de los años, para Francesc el filosofar era inseparable de la amistad y encarnaba así un ideal clásico de la filosofía antigua, al que hay que añadir también su predilección por el diálogo,

la conversación, la transmisión oral del conocimiento. Aunque sentía un placer indisimulado por el cotilleo –rechazando así, performativamente, la crítica de Heidegger a esta modalidad inauténtica de la existencia–, ejercía sobre todo el diálogo en el sentido auténtico de curiosidad y conocimiento del otro, y también como medio de reconciliación de las diferencias (personales, políticas y filosóficas) a *través del logos* o, como también solía decir, en el “espacio de razones”. Era muy crítico con la creciente especialización del conocimiento (“quien es experto en ratas blancas no sabe nada de ratas negras”, decía) así como con la filosofía posmoderna, lamentaba que la filosofía hubiera renunciado a su vocación original de búsqueda de los fundamentos.

El talante dialogante y razonable; no querer separar la filosofía de la persona que filosofa; y el cuidado con los matices descriptivos y las distinciones conceptuales para alcanzar un conocimiento riguroso –motivo por el cual se sentía tan cercano a Husserl: estos aspectos, esbozados a grandes rasgos, forman, para mí, el “croquis” de su enseñanza.

Así fue, pues, el comienzo de una hermosa y larga amistad de la que tanto he aprendido y a la que tanto debo. Le debo haber podido realizar una estancia de investigación doctoral en la Universidad Libre de Berlín y en el archivo de la Bauhaus bajo la supervisión de Peter Bieri; también le debo –le debemos– haber fundado y dirigido el *Grup d'Estudis Fenomenològics* con el que incentivó la práctica de la fenomenología en catalán y desde el cual nos alentó y ayudó a participar activamente en la fenomenología española facilitando nuestro acceso a proyectos de investigación con fenomenólogos de reconocido prestigio, aquí presentes; y, en definitiva, sin él y sus importantes consejos que nunca dejó de darme cuando le consultaba regularmente, hoy no estaría participando en este congreso de la Sociedad Española de Fenomenología. Por todo ello me siento tan privilegiado y, aún más, agradecido.

Gràcies, Francesc!

Recibido: 23-11-2025

Aceptado: 01-12-2025